

## AL MARGEN DE LOS LIBROS

EL ÚLTIMO BRINDIS, por Juan Ramos Aparicio (Cáceres, 1949).

No es un hecho privativo de nuestro tiempo que un poeta cante el valor y la maestría de un torero. En el siglo XVIII, Moratín, el padre, que debía de ser muy aficionado al arte de Cúchares, como atestiguan sus preciosas quintillas *Fiesta de toros en Madrid*—«Madrid, castillo famoso—que al rey moro alivia el miedo»,—compuso una oda en honor de *mi ascendiente* el matador de toros Pedro Romero, natural de Ronda e hijo del también espada y rondeño Francisco Romero.

Nuestro colaborador don Juan Ramos Aparicio, que simultanea la simpática ocupación de enseñar a los niños las primeras letras con el trato de las Musas, acaba de sacar de molde un libro de versos, cuyo héroe es el infortunado *Manolete*.

Encabezan la primera página del volumen unos sentidos renglones de doña Angustias Sánchez, la madre del torero, y unas frases laudatorias para el autor del libro, de don José María Pemán, apareciendo más adelante un breve *Pórtico*, debido a la pluma de don Pedro Caba.

La poesía actual se caracteriza por su independencia e incluso por su desenfado. Bien, muy bien está que no observemos determinados preceptos. Que el poema épico haya que componerlo en octavas reales; que la tragedia deba tener cinco actos; que en la escena no deba haber más que tres personas: *nec quarta loqui persona laboret*: que deban respetarse las «unidades dramáticas», etc., reglas son cuya inobservancia ningún daño ha de producir al arte. Pero que admitamos en el lenguaje poético términos científicos o palabras prosaicas, cuando no groseras; que no pongamos en el verso el acento métrico donde conviene; que en la medida rebasemos el límite o nos quedemos cortos; que en una estrofa mezclemos asonantes y consonantes; que un verso que debe ser libre lleve rima; que repitamos las mismas preposiciones en brevisimo espacio; que una misma palabra, sin que medie discreta distancia, coopere a la rima de una composición; que quitemos una *s* al final de una voz para que al juntarse su última sílaba con la primera de la palabra siguiente, tenga el verso la medida que le corresponde o que a efecto contrario le pongamos una *s* final a la segunda persona del pretérito indefinido; que hagamos comparaciones que en vez de estimularnos a comprender las cosas, a sentir las, mejor o a valorarlas como es debido, estorben tales fines; que atribuyamos a un sentido corporal lo que es propio de otro, etc., licencias o descarríos son que más dañan que benefician al arte.

No quisiéramos con estas cosas enajenarnos la simpatía y la estimación de nuestros compañeros de letras. Lo hemos dicho ya muchas veces y hemos de reiterarlo una vez más. Que nadie vea en nuestras observaciones y advertencias la palmeta del dómine. Pretendemos tan solo excitar el celo de nuestros poetas; llamarles la atención para que se aparten de toda elaboración fácil, para que escojan acertadamente su vocabulario, para que las imágenes que empleen en sus poesías no sean arbitrarias y descaminadas respecto del fin que se persigue, sino que por el contrario contribuyan a realizar lo bello, a herir la sensibilidad sin repugnar a la razón, en una palabra, a producir la emoción estética. Y sobre todo a despertar con nuestras objeciones, que no son otra cosa sino el fruto de copiosas lecturas, la afición a leer, a leer mucho, sin descanso y eligiendo buenos libros. La vida es corta y se ha escrito mucho; y si es verdad, como ya se ha dicho, que no hay libro que no tenga algo bueno—habida cuenta de esa otra gran verdad: lo breve de la existencia humana—conviene seleccionar bien la lectura.

«Madera, más madera!» ¿Os acordáis de esta frase de uno de los intérpretes cinematográficos más celebrados? Pues aquí hay que decir: ¡Libros, más libros!

¡Cómo se depura el gusto, con qué facilidad se interpretan las cosas, qué juicio se aprecia el valor de una obra, cómo repugnan las audacias sin contenido alguno, cómo enfadan las extravagancias y qué inmune se encuentra respecto de la chabacanería o de la excesiva incontinencia, de lo que parece música y es estrépito, plenitud y es oquedad, el lector disciplinado y consciente!

Tiene el Sr. Ramos Aparicio, según nuestras noticias, una grande vocación literaria. He aquí un arma poderosa para vencer en esta batalla de las letras. Quien tiene

vocación no lo tiene todo, pero tiene andado la mitad del camino. Con la vocación se impone uno cuantos sacrificios sean necesarios; se vencen dificultades; se redobla la atención; se multiplica la curiosidad. Naturalmente que la vocación de nada sirve si se carece de otras cualidades indispensables: el talento, la inspiración, la sensibilidad, el buen gusto. Pero nuestro paisano no está desprovisto de tales prendas. Basta asomarse al libro que acaba de publicar para que nos convenzamos de ello. Las imágenes poéticas aparecen a cada paso; las comparaciones surgen también con abundancia y acreditan que la imaginativa está despierta. Los versos no denotan una elaboración premiosa. Hay «angel», garabato en la narración y un sentimiento lírico que si no es muy vigoroso, tampoco resulta blando y apagado.

Frente a estas virtudes, existen defectos. Pero... ¿quién no los tiene? Detengámonos a señalar algunos. En doce versos del *Romance al torero de la noche* se usa como rima tres veces la palabra *río*. «Donde pastan los toritos». Este diminutivo más que responder a una necesidad afectiva del poeta y de la composición, parece ser una exigencia de la medida y de la rima. «A Febo, su prometido... un romance no aprendido». Prometido y aprendido son consonantes. Pero además aquí hay en potencia un incesto, lo cual se agrava en la página 17. El poeta llama prometido de la Luna a Febo. Si hubiera dicho Sol, en vez de Febo, nada habría que objetar. Pero al dar al astro del día el nombre que le dieron los griegos al divinizarle, habrá que atribuirle las mismas circunstancias con que lo distinguen los poetas helénicos y por consiguiente los mitólogos. El Sol, Febo o Foibos—si hemos de llamarle como los griegos—en el cielo y Apolo en la tierra, y Diana, Luna en el cielo y Hécate en el infierno, eran hijos de Latona y de Júpiter, por lo tanto hermanos. Apolo cortejó inútilmente a la ninfa Dafne y se casó, durante su estancia en Tesalia, con Climena, hija de Océano y de Tetis. Diana o la Luna enamoróse perdidamente del pastor Endimión, con quien tuvo al parecer cincuenta hijas y un hijo llamado Etolo. Las relaciones entre Febo y Diana fueron cordialísimas, pero lícitas.

«...y en el agua *Manijero*,—lava sus cuernos *retintos*». Dícese de algunos animales que son retintos (1) queriendo significar de este modo que son de color castaño muy oscuro, pero no de los cuernos. Al menos nosotros no lo hemos leído hasta ahora. «El cordobés con un *gesto*.—Levántate de ese *suelo*—y dinos que no estás *muerto*». Son tres asonancias seguidas. Sabido es que el romance lleva la rima en el segundo y cuarto verso, siendo libres el primero y tercero. «...Era columna del sueño—que Federico *labrara*—con la magia de sus versos;—mientras Ignacio *sacaba*... van asonantados versos que no deben llevar rima. En el romancillo *¡Arrímate más!* hay consonantes y asonantes y se repite al final de verso par la voz «torero» cuatro veces, constando la poesía de treinta y cinco versos. No cuida tampoco el autor de evitar la repetición de preposiciones. En el breve espacio de dieciséis versos se lee en seis veces. «...Cristiano es *Gredo* y la mira. Se le ha quitado a Gredos la *s* para que el verso no rebase las ocho sílabas. «...dí mi arte e ilusiones». Es corto. «*Creo* que es un sueño, muchacho»... «pero *veo* que tengo abierto»... «*melancolía* de sultana». Son largos o al menos se comete una sinéresis: licencia poética que conviene administrar sobriamente. «Bordó cantares de *gestas*». No es *gestas*, sino *gesta*. «En su diestra fulge el *sable*». De un soldado de caballería estaría bien dicho, de un torero no. El torero usa la espada o el estoque, que tiene dos filos, no uno como generalmente el *sable*; por eso los toros mueren de una estocada, no de un sablazo, y por usar aquélla los toreros se les llama espadas. El mal sabor de boca que deja en el lector esta palabra, desaparece con la belleza de los dos versos siguientes: «Lengua de plata que limpia—con su pureza los aires».

Es posible que se nos reproche: «Ve usted con lupa las obras de los demás y es excesivamente severo». No. Un chico del Instituto de cuarto año, que sea un poco aventajado, podría hacer los mismos reparos. Aunque momentáneamente duelan estas censuras, el arte del Sr. Ramos Aparicio ganará a ojos vistas; porque si estima la nobleza y lealtad con que procedemos y no ve en nuestra crítica ningún malsano propósito, aceptará nuestras observaciones y sus futuros libros aparecerán sin estos lunares y descuidos tan fáciles de evitar; de punta en blanco, como nació Minerva de la cabeza de Júpiter.

P. ROMERO MENDOZA

(1) Como el toro, por ejemplo, cuando es castaño o colorado oscuro. También hay retinto claro y oscuro.